



**Juan Tomás Ávila Laurel: *Avión de ricos, ladrón de cerdos*. Barcelona, El Cobre, 2008, pp. 269.**

Esta novela de doscientas sesenta y nueve páginas se compone de unos agradecimientos y de cuatro capítulos. *Avión de ricos, ladrón de cerdos* relata el robo frustrado de dos cerdos en el aeropuerto de Bata (Guinea Ecuatorial). Este robo da pie al viaje forzado de dos protagonistas hacia Malabo, capital de Guinea Ecuatorial, un lugar que nunca han visitado y a donde partirán sin que ningún miembro de su familia sepa de su singular destino. Allí, uno de los protagonistas, Mba Sima, volverá a encontrar para su sorpresa y en circunstancias harto complicadas, a la que fuera su primer amor. Coincidimos con la atinada frase que aparece en la contraportada del libro que: «[La] narración tan pronto provoca la carcajada hilarante como una punzada de tristeza». Juan Tomás Ávila Laurel en esta obra no pretende hacer solo un panorama de la tradición africana, lo que reconoce un comentarista externo cuando afirma que: «Rinde culto [desde luego] a la rica tradición oral de los pueblos antiguos, enhebrando un sinnúmero de relatos cargados de desparpajo y picaresca pero en los que además, bajo ese artificio de cajas chinas, vamos descubriendo las intrincadas capas de la realidad guineana».

Este viaje/calvario constituye el punto de partida del cambio radical de la vida del protagonista, ya que transforma profundamente su destino, llenándolo de la misma «turbulencia» de los cerdos que captura. Pues al igual que los cerdos, Mba Sima y su primo «corrieron como condenados». La dura vida social que el protagonista se ve obligado a soportar le lleva a combinar sus estudios con la lucha cotidiana para su propia subsistencia y la de su familia, de modo que no se dedica a sus clases plenamente. En efecto, según aparece en la contraportada, los dos adolescentes ecuato-guineanos se ganan unas monedas en las inmediaciones del aeropuerto de Bata ayudando a los pasajeros a acarrear sus pesados bultos. La supervivencia es, pues, el único recurso no solo de estos adolescentes ecuato-guineanos sino también de un sinnúmero de personas en el África subsahariana. Aquí la miseria del protagonista es total puesto que abarca a la vez el «hambre de comida, de ropa, de dinero, de la mayoría de las cosas

buenas de la vida». En tal situación donde uno vive al día poco importa la distancia a recorrer para alcanzar la meta. Tras su frustrado robo de cerdos, Mba Sima ya no es el dueño de su destino sino que, una vez apresado él, está en manos de «una persona con poder, con mucho poder». La «libertad» en la pobreza que conocía hasta entonces le había sido arrebatada cuando su arrogante y ambicioso jefe le obligó a subir al avión. De ahí su desesperación cuando piensa que «todo esto fue culpa del cerdo, un animal, sucio de depravadas y censurables costumbres [...]». Pero la «mierda de vida» en la que se hallaba (tanto antes como después de su rapto) revela muy bien la diferencia abismal entre la minoría acaudalada de su país (y del África negra) y la inmensa mayoría del pueblo que sufre y muere, ante la patética indiferencia de los primeros. El narrador parece llamar aquí la atención sobre las democracias que han ido instalándose en África estas últimas décadas y que solo aparecen como una manera, para los dictadores y sus séquitos, de mantener abierto el abismo entre los ricos y los pobres.

Esta miseria con su corolario de muertes, a veces a fuego lento, no solo afecta a los desempleados sino también a los trabajadores que ni siquiera pueden llevar una vida decente ni curarse cuando se enferman. Mba Sima tuvo que llevar a su primo-hermano, enfermo de hemorroides y ya convertido en el hazmerreír de todos, al doctor Eduardo Sales. Este último «Llegó a Guinea como cooperante español y cuando terminó su etapa de cooperante se marchó y volvió con una ONG para ayudar a los pobres del interior del país». Dado que vivía en condiciones miserables y no le quedaban muchas esperanzas, el protagonista aceptó la generosa proposición del doctor de hospedarle en su casa. Ya vivían en dicha casa «muchos chicos jóvenes sobre todo los que no tenían muchos medios para seguir estudiando. Ni siquiera muchos, sino ningún medio». Ahí el protagonista habría conocido un principio de felicidad si el doctor no le hubiera revelado su verdadera identidad sexual, obligando al chico a abandonar su casa y a denunciarle por depravado pederasta. Fue un choque para Mba Sima, quien provenía de un entorno muy tradicional donde la norma era la heterosexualidad. En realidad, el humanismo del doctor era ficticio e interesado. Lo mismo ocurre a veces con algunos gobernantes africanos quienes se interesan por su «pueblo» solo en período electoral o cuando estalla una guerra civil. Así, no vacilan en sostener discursos patrioterros que no llegan a tapar la tremenda realidad que padece el «pueblo» al que pretenden proteger de una influencia extranjera supuestamente dañina.

Pero la breve estancia de Mba Sima en casa del doctor fue para él una experiencia doblemente inolvidable. Primero, allí se dio cuenta de que el paraíso puede existir también en esta tierra porque empieza por la mera (pero cuán

importante) comida. Y eso el protagonista lo reconoció cuando afirmó que: «Teníamos qué comer, y si lo repito es porque no tener comida no es cualquier cosa. [...] Y todavía me acuerdo de las siestas que me pegaba los sábados después de las jarras de cola-caó». Pues lo más impresionante es que, además de «comer tres veces al día», en adelante se da el lujo de unas siestas que hasta el momento habían sido un privilegio exclusivo de los pudientes. Pero al mismo tiempo, estos placeres dejaron en el protagonista un sabor amargo. En efecto, el doctor «había disfrutado con la vida de aquellos muchachos, de ahí que pudiera burlarse de ellos». La representación estereotipada, siempre viva en la mente de la mayoría de los occidentales, de un África estancada al que urge ayudar hace que algunos aprovechen para dar rienda suelta a sus deseos reprimidos. Así se comprende el pavor del chico a tener sexo con aquel doctor.

Claro está, «A partir de ese hecho se podría saber que uno puede ser homosexual por capricho o por necesidad» ya que «todos aquellos chicos lo sabían y vivían tan tranquilos». A la sufrida complicidad de los demás chicos, el protagonista puso fin denunciando al doctor a su primo-hermano militar, lo que acarreó su expulsión del país. Resulta comprensible que el protagonista no se alegrara de aquella ruptura (como sus acólitos) porque tenía que volver a su «miserable» vida de antes. Pero su loable negativa ante la proposición del doctor parece indicar que prefiere la pobreza en la dignidad a la opulencia en la «servidumbre» (sexual). Por otra parte, si la historia de los chicos con el doctor se parece mucho a una violación tácita, la de la suegra del protagonista principal con un sacerdote no lo es de ninguna manera. En efecto, aquella mujer a cuya hija cortejaba Mba Sima no le «quería ver ni en pintura». Pero aquella infiel mujer cambió de actitud cuando Mba Sima llegó a evitarle un escándalo tras descubrir sus amores extra-conyugales con un cura. En la actualidad, no sería tan atrevido decir que: «[Unos sacerdotes] comen muchísima más carne que los casados, más que los polígamos incluso». Se juntan así jocosamente dos infidelidades: la del cura para con su voto doctrinal oficial y la de la mujer para con el lazo matrimonial.

La precaria vida que lleva pues el protagonista desde su niñez jalonada por la malnutrición (solo comía bananas verdes y sal) y la escasez de todo bienestar hizo que cayera en manos de su secuestrador. «El resto de la carga eran atados de yuca y racimos de plátanos. Al verlos creímos que el jefe celebraba una fiesta en los próximos días». Claro está, Mba Sima nunca podía imaginar que uno tuviera tantos productos comestibles en su casa sin que hubiera un evento en dicho hogar. Y es en este lugar rebosante de opulencia que (re)encuentra a su primer amor, lo que le lleva a soñar y a hacerse ilusiones. El narrador denuncia y hace hincapié aquí en la maldad, el egoísmo, el oscurantismo, verdaderas

costumbres de los mandamases de su país y de rebote, de toda África negra. El sadismo que caracteriza la desenfrenada búsqueda de riqueza y del poder en los gobiernos africanos actuales no tiene parangón. En realidad, «Aquel gran jefe tenía que poner los cimientos de un hotel que quería construir y para ello debía poner la primera piedra. [...] Y de ahí que, con el pretexto de cortar unas ramas y troncos para hacer una caseta para la fiesta, y para ello había comprado los cerdos, nos llevara a aquella húmeda zona, en aquella infinita y peligrosa ascensión, donde pensaba pagar al diablo que le había exigido la ofrenda». Pero como se suele decir que el Hombre propone y Dios dispone, aquel sanguinario (y hechicero) jefe no llegó a inmolar a los chicos como tenía pensado porque su buen destino se interpuso y les salvó de «aquella muerte inmerecida». Si las cosas no ocurrieron como quería aquel jefe, era porque el destino no quería tampoco que Mba Sima y su primo murieran sin conocer ni siquiera un poco de felicidad en su vida. No estaban condenados a vivir en la pobreza.

Cabe decir que el sistema de gobierno de la mayoría de los países africanos, hartamente conocido y denunciado, hace que la juventud se quede sin porvenir. Eso puede también explicar la peligrosa y dramática migración de la juventud africana, a la que asistimos impotentes, hacia Europa/Occidente. Los jóvenes pueden así ser manipulados por intereses personales. Como siempre, después de la tempestad viene la calma, así es que en adelante la vida del protagonista va a cambiar positivamente. En efecto, y para su sorpresa se le «dieron las llaves del almacén del hotel. [...] Aquel almacén no era tal, sino un banco [...] tapizado de los sacos de dinero que ganaba aquel hombre». Claro está, por ocupar un puesto tan importante y lucrativo, el protagonista recobra su verdadera forma física que le había arrebatado el gobierno. Con ese trabajo, el chico descubre que en Guinea Ecuatorial (como en África entera), se vacían fácilmente las arcas públicas. Entonces, si como dice el refrán: «El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón», es normal que Mba Sima piense en alcanzar cierta estabilidad en su vida. Aquí es donde su primo va a desempeñar un papel sumamente importante en la realización de su proyecto. A diferencia de Mba Sima, el «cajero», el primo, estaba «también a sueldo [pero] era el que compraba el combustible de las casas y hoteles del jefe, aparte de otros servicios». La astucia era que este regresara a su pueblo con el fin de administrar un negocio común que tenían que realizar con mucho cuidado. Muy sutilmente el narrador indaga entonces en la cadena (por lo visto perpetua) de la corrupción en la sociedad de la novela.

Por otra parte, el narrador quiere dar a conocer en la novela el lamentable funcionamiento de la burocracia que se caracteriza por la corrupción, el favoritismo, el patrimonialismo, etc. Los medios masivos (la televisión, por

ejemplo) parecen funcionar en una total monotonía sin posibilidad de renovación alguna. El ejemplo de «la TVGE Bata, siempre huérfana de contenidos» es evidente. Mba Sima vivió aquella mala gestión cuando inventó un «golpe», que (como dijo) estuvo a punto de costarle un ojo, para sacar de una curandería a un pariente suyo (traumatizado). Dicho traumatismo ocurrió como sentimiento de culpabilidad de parte de aquel padre tras «su escaso celo cuidador». La desaparición de la menor de sus dos hijas a la que llevó de paseo había sido, en realidad, un rapto. Al principio la chica fue supuestamente tragada por el mar pero apareció más tarde por la tele. Se trata de un fenómeno al que se dedican muchos conductores ecuato-guineanos para estafar a la gente, para sobrevivir. Ya se rumorea que, en otros lugares del África subsahariana, en período electoral los raptos acaban a veces con el asesinato de niños. Dan pie también a todo tipo de rumores sobre prácticas de brujería y sacrificios humanos destinados a acarrear riquezas o poderes. Por otra parte, por ser el protegido de «un pez gordo», el protagonista vio su multa de trescientos mil francos CFA anulada. Escena esta de corrupción que parece difundida por todo el país. Cabe decir que el peligroso espectáculo al que se dedicó Mba Sima para sacar a su primo militar de la curandería era, más bien, interesado. Había dejado embarazada a la mujer de su primo y quería que este se acostara con ella en el más breve tiempo para que él no fuera descubierto y castigado.

Para concluir, podemos decir que en esta obra Juan Tomás Ávila Laurel arremete contra la realidad socio-política y las desigualdades económicas de Guinea Ecuatorial. Estas preocupaciones del autor señalan su profunda conciencia histórica frente al destino de las poblaciones de este pequeño país del Golfo de Guinea en particular, y del África negra en general. Al igual que en muchos otros países del África subsahariana, el pueblo ecuato-guineano parece ser víctima de la codicia de sus gobernantes lo que redundará en el mal gobierno de esos países y en la inútil búsqueda del prestigio y honores. La novela parece también hacer una llamada al pueblo africano para que tome conciencia de su destino, se libere y abandone su condición de rehén de los dictadores en el continente. La novela interesa por su perspectiva original y compleja. No cabe duda de que Juan Tomás Ávila Laurel se perfila ya como un autor prometedor de las letras africanas en lengua castellana. Recomendamos, pues, esta novela a todos los aficionados y estudiosos de las letras ecuato-guineanas y africanas por su riqueza formal aunada a la preocupación constante por el vivir cotidiano de las masas populares negro-africanas. Como muchos escritores de su país, pero también de otros lares del mundo (por ejemplo, América Latina y Caribe), Juan Tomás Ávila Laurel parece (re)afirmar que la actividad literaria sin conciencia (política) no es válida. De hecho, la novela que nos honra reseñar fue escrita a

continuación de otro libro del mismo autor que ya planteaba lo que unos han llamado la «insurgencia de la escritura». Se trata de *Cuentos crudos* publicado en 2007.

***Koné Ténon***

(Université Félix Houphouët-Boigny, Costa de Marfil)